

CUENTOS & CUENTISTAS

Boris Vian, el ingeniero renegado

Dueño de un gigantesco y variopinto talento encerrado en un corazón débil, Boris Vian nació en los alrededores de París en 1920 y murió en 1959, a los 39 años, cuando tenía tanto para dar. Narrador exaltado, compositor de canciones, mecánico, músico y crítico de jazz, traductor de novela negra, cantante, poeta, dramaturgo y actor, estudió para ingeniero, pero apenas graduado desertó de tan árida profesión. De todos modos ideó proyectos delirantes, imposibles de construir aunque meritorios, como sus propuestas de puentes para París. Con el seudónimo de Vernon Sullivan dejó novelas memorables: *Escupiré sobre vuestras tumbas* y *La espuma de los días*. Su personaje recurrente es un negro blanco que apoya a sus hermanos de raza contra la injusticia. Vian es un sucesor de la patafísica de Jarry, del dadá y del surrealismo, pero lo suyo está marcado por el humor de su época y el sarcasmo absurdo, no por la filosofía de moda ni la política en boga.

Hay una canción suya, *El desertor*, que resume mejor que ninguna otra obra la violencia que la guerra ejerce sobre los olvidados en los lamentos: esos soldados que van a morir sin saber por qué ni para qué. Boris Vian se inició como cuentista, publicando en revistas, con seudónimos extravagantes como Bison Ravi (bisonte encantado: su anagrama) y Hugo Hachebuisson. Sus mejores cuentos se hallan en dos colecciones: *Las hormigas* (1944-47) y *El hombre-lobo* (1945-52), obra póstuma. Vian tuvo que batallar para que lo publicaran y debió soportar juicios por obscenidad y otras humillaciones

El cuento “Las hormigas”, que lleva el título del primer volumen, ironiza sobre el frente de batalla, en un ambiente de trincheras como el de la guerra del 14, donde hombres anónimos enloquecidos se destrozan mutuamente, perdida ya toda dignidad y racionalidad. “Discípulos aplicados” se ocupa de una escuela de policías, de ésas donde sirven sopa de macho cabrío para estimular los instintos represivos de los educandos. Por supuesto, los libros provocan dolor de cabeza a la pareja de *flics* (policías, en argot) que protagoniza el cuento. Un final trágico muestra que, en el fondo, los esbirros son casi humanos. Vian se mofa con dureza de esa caterva que odiaba con toda su alma.

También odiaba a Sartre, de quien se dice lo transformó en cornudo, quitándole a la mujer que amaba. Y detestaba a los intrusos, los ruidosos, los fantoches. Su cuento “El viaje a Khonostrov” muestra el acoso, hasta el límite de la tortura, a que es sometido el pasajero de un tren que quiere descansar tranquilo, sin conversar ni entretenerse, lo cual es inaceptable para sus eventuales compañeros de viaje. Boris Vian sufrió mucho por su mala salud, y tales pesares se hallan patentes en “El cangrejo”, un cuento amargamente poético, que se sustenta con cruda exactitud en los síntomas de la fiebre tifoidea, con esos sudores malolientes y esas cefaleas insoportables. Aunque el relato es particularmente significativo porque la agonía del músico enfermo, imposibilitado de tocar, se revela tan similar a la que él mismo debió sentir.



Tanto como la música, Boris Vian amaba a los gatos. En “Blues para un gato negro” se trata de la pérdida y recuperación de un felino bastante aguerrido, caído en una alcantarilla tras una humillante derrota frente a un gallo (destinado a morir en la olla,

dicho de paso). De allí lo salva una tropa de bohemios parisinos, deliciosamente descritos; pero el animal, bastante parlanchín y osado con las damas, termina por sucumbir gracias a una sobredosis de licor de menta durante la celebración de su rescate. La pasión de Vian por los gatos se compensaba quizá con su metafórica bronca contra los perros. Su cuento negro “Los perros, el deseo y la muerte”, que forma parte del volumen *El hombre lobo*, resume mucho de lo que lo hizo infeliz, le dio intranquilidad, lo alejó del placer de la vida, lo condenó a morir joven. Un cuento raro, terrible, sádico, muy triste, que muestra que tras sus ingeniosidades, sus juegos de palabras intraducibles (si uno puede, hay que leer a Boris Vian en francés), sus bromas pesadas y sus guiños, fue un hombre que estuvo siempre acompañado del dolor, de la frustración, del asedio de la ingrata muerte. Con todo ello hizo arte durante su breve vida.



De sus escritos sobre jazz he traducido un texto que no sé si se puede calificar de cuento. Como sea, es un testimonio del lado alegre y festivo de Boris Vian, que lo muestra fiel a lo que tal vez sea la marca de su obra y vida: el amor sin atenuantes al jazz. Y con él, al imperio sin fronteras de la libertad.

Bartolomé Leal

Febrero 1955
Crónica de Boris Vian

Ya les he hablado de un señor bien negro de dos metros de estatura y ciento veinte kilos de peso llamado Big Jay Mcneely, quien ha descubierto que lo mejor para hacer buen jazz es tirarse al suelo tocando la misma nota durante veinte a treinta minutos de un tirón... Hay una anécdota bien divertida sobre el personaje. Parece que anduvo por Minneapolis donde prodigaba todas las tardes su cuota de sudor a los espectadores; resulta que el local donde tocaba, acabó por incendiarse. Es un detalle, pero ha habido imitadores por todas partes. *Chez Augie*, el trío de Eugene Jackson (un tipo que tocaba en las viejas películas mudas de Pathé, con todos esos chiquillos insoportables) ha montado un pequeño y ligero puente volante, inclinado entre el escenario y el bar, donde Jackson, que carece de las facultades transpirantes de Big Jay, se pone a bailar zapateo americano mientras toca el saxofón y se desliza por el puente. En el bar de *Grand Lac*, otro artista inspirado hace colocar un disco de Big Jay y lo imita tocando un salchichón, seguido de un sirviente que arrastra una bayeta para limpiar el sudor.

¡Eh! Es bello el jazz.

(Traducción de Bartolomé Leal)